

XXII.—En los apuntes que hizo desde el año de 41; dice: *quitaré el cobchón y delicadeza de cama, y no se me pasará día sin alguna mortificación en el comer y beber.* En efecto, no usó por muchos años sino de una zalea y dos frazadas bien ligeras. Su comida fué siempre tan escasa, que apenas podia entretener el hambre: Cuando le gustaba algun manjar, lo dejaba luego ó le mezclaba al descuido un poco de acibar que siempre traía en la bolsa. Los cilicios que cargó toda su vida eran tantos que apenas le dejaban libres las coyunturas del cuerpo.

¡Cuantas veces en estos últimos años que tenia yo la fortuna de ayudarle á vestir los paramentos sagrados para celebrar el tremendo sacrificio, no podia meterle las mangas del alba por estar todo el brazo amarrado! Los viérnes, señores, (aquí debeis asombraros) los viérnes que pasaba comiendo pan de lágrimas, se vestia un jubon que solo verlo pone horror: este le cojia toda la espalda, todo el pecho y la caja del cuerpo, con unas puntas tan penetrantes, que aun los dedos se lastimaban al tocarlo, y yo podré enseñároslo siempre que queráis dar gracias al Altísimo. Los viérnes santos en que la Iglesia Nuestra Madre nos pone á la vista la lamentable catástrofe de la muerte de nuestro amabilísimo Redentor Jesús Nazareno, á más del pan de lágrimas, y un poco de ceniza, que era su alimento, á más del jubon dicho, se ponía en los piés unas plantillas de hoja de lata tan ásperas que parecia imposible diese un paso: en las rodillas se ponía unos láminas cóncavas del mismo artificio y crucificaba de tal modo su cuerpo que apenas hallareis en él parte sana. En todos los días de *ejercicios y retiro* se armaba del jubon, como buen soldado de Cristo, y duplicaba sus penitencias: y todo esto lo hacia, señores, con tal disimulo, dándole al cuerpo todos sus naturales movimientos á espensas de inmensos dolores que sufría, que no diriais ni pensariais que pudiese estar atormentado, ni aun de la mas ligera incomodidad. Vosotros habitantes de la Villa de San Miguel, vosotros fuisteis testigos de la penitencia pública de Luis en los Viérnes santos, en aquella devotísima procesión, que dispuso su ardiente celo y amor á su *Nazareno Jesús*: lo visteis con una soga al cuello, con una corona de penetrantes espinas, que se le introducían por la frente y bañaban su rostro de sangre, cargando un pesado madero, dar con él las tres caídas en memoria de las que por nosotros dió Jesús en la calle de la Amargura, y para esto pagaba un hombre robusto, que sin piedad le estirara de los piés, para dar de este modo un fuerte golpe en tierra, con que se le hincaban mas las espinas de la corona. Esto era lo que veiais ¿no es verdad? Pero no mirabais la armadura interior que atormentaba todo el cuerpo no veiais aquellas plantillas, no veiais finalmente al varon de dolores sino por el exterior. Era tanto lo que padecia el cuerpo y el espíritu de Luis en esta dolorosa procesión, que explicándose muchos años despues con una alma, que le mereció mucha confianza, la dijo: que en ese dia moria tres veces al dar las caídas, segun eran los dolores del cuerpo y las penas que sentia el alma al contemplar caido á su Jesús.

XXIII.—Desde el año de 41 (segun hallo en sus apuntes), nunca decia misa sin armarse el pecho con una cruz grande y llena de agudas puntas. Bien sabia lo que dijo San Basilio: *Es necesario para llegar á recibir el cuerpo y sangre de Cristo, en memoria de Aquel que murió y resucitó por nosotros, es necesario, no solo estar puro de toda mancha de carne y espíritu, sino tambien mostrar con evidencia la memoria de Aquel, que por nosotros murió, teniendo el cuerpo mortificado para que viva solo con Dios en Nuestro Señor Jesucristo* (1).

XXIV.—El sueño era tan escaso, que apenas engañaba la naturaleza: todo lo mas de la noche gastaba en prepararse para morir, y celebrar otro día el incruento sacrificio. Ese esqueleto que veis al pié de esa pira, fué su compañero inseparable muchos años en la cama, y lo tuvo cerca de ella hasta la víspera de su muerte en que yo lo mandé quitar sin que pudiera advertirlo. Muchos años acostumbró levantarse á la media noche, y entrándose á este sagrado templo, despues de adorar profundamente á su Jesús Sacramentado, se metia debajo de ese altar, donde estaba un ataúd, y acomodándose dentro de él con los ojos cerrados y el cuerpo extendido, gastaba la noche en prepararse para la muerte. Hizo esto tantos años, que se pudrieron tres ataúdes, lo que confiando á una persona á quien dirijia en el espíritu, la dijo con aquella su natural gracia y chiste: *Ya se me han podido tres chalupas.* ¡Oh sagrado altar, si pudieras ahora decirnos qué hacia, qué hablaba Luis! ¡Que desengaños de aquel espíritu desasido del mundo! ¡Que ansias por unirse á su amor crucificado! ¡Que deliquios al prepararse á recibir otro día á Jesús en el Sacramento! Así pasaba Luis las noches. ¿Qué decis, señores? Si aman deveras á Jesucristo los que crucifican la carne por su amor, ¿cómo lo amaria este santo sacerdote, que tan cruel guerra declaró á su cuerpo, y que sin desmayar la siguió hasta rendir el espíritu? Lo mas admirable en estas mortificaciones era, que no las hacia jamás por su voluntad sino por dictamen de sus sabios directores. No era Luis de aquellos que quisieran ser virtuosos con tal de hacer su gusto: no era de aquellos espíritus tenaces, que nunca se apean de sus dictámenes: Oid lo que dice en sus apuntes desde el año de 41. *No haré cosa alguna por mi propio parecer sin dictamen de mi confesor, y si se me ofreciera cosa precisa y no pudiera consultarlo, haré lo que me mandare otro señor sacerdote.*

XXV.—Pero no solo quiso conformarse á Jesucristo paciente con las mortificaciones que os he referido, sino que á mas de ellas quiso Dios que gustase el cáliz de sus escogidos, enviándole gravísimos dolores, que le

(1) *Oportet accedentem ad corpus, et sanguinem Christi in commemoratio-nem ipsius qui pro nobis mortuus est, et resurrexit; non solúm purum esse ab omni inquinamento carnis, et, spiritus, ut ne in iudicio edat, et bibat; sed etiam evidentér ostendere memoriam ejus, qui pro nobis mortuus est et resurrexit, imo quód mortificatus est peccato et mundo, et sibi ipsi; vivat autem Deo in Christo Jesu Domino nostro. Lib 1. de Bap, cap. 3.*

duraron por muchos años. Eran estos tales y tan graves, que me dijo muchas veces en confianza, que parecia le aserraban las costillas. Al tomar su escaso alimento, que por lo comun era un huevo, ó algunas legumbres, se le atoraba el bocado sin poder bajar al fondo del estómago, y volvía á subirle hasta la boca sintiendo en ésto tan cruel martirio, que me llegó á decir, que era inexplicable su dolor y que solo un demonio, á quien Dios hubiese permitido atormentarlo, podría causarle tan extraordinarias penas, que le parecían del infierno. En efecto le ví en varias ocasiones casi ahogado con la congoja, demudársele el semblante, y esperando por instantes la muerte. Las noches enteras se pasaba en una cama de dolores, sin gustar muchas veces ni aun por media hora las suaves delicias del sueño: y sin embargo al otro dia se levantaba, y seguía todas sus largas y devotísimas distribuciones sin perdonar nada.

XXVI.—Mas ¿cuál era, señores, el gozo de Luis, en padecer estos tormentos, que lo hacían tan semejante al modelo de los predestinados, Cristo Jesús? Se llenaba su rostro de alegría en medio de sus mayores dolores, y rebozando de júbilo exclamaba:

Dios es la suma bondad
Y sabe lo que conviene,
Y pues Dios así me tiene,
Que se haga su voluntad

Mi voluntad es la tuya,
O véngame mal ó bien;
Todo mi querer se incluya
En tu voluntad. Amén.

Otras veces decía á su Nazareno:

Cuando eran fuertes los dolores que apenas podía hablar, solo decía: *recibe, une y reparte.* Y preguntado despues qué daba á entender en eso, respondía: *digo á mi Jesús: recibe estas penas y dolores, únelos con los que por mí padeciste, y repártelos á las benaitas ánimas.*

XXVII.—En las varias desgracias de pérdida de bienes temporales, y principalmente en no pocas persecuciones que padeció su virtud y que permitió Dios para prueba de su espíritu, observaba siempre una paz y serenidad inalterables. Ciertos émulos le levantaron una atroz calumnia y escribieron una carta con firma falsa á una persona de carácter. Pone Luis esto entre sus últimos apuntes y añade estas palabras: *Dios nuestro Señor premie á estos pobrecitos con darles auxilios eficaces para que vengan á los ejercicios.* Nunca se olvidaba de pedir por sus enemigos y todos los dias decía á Dios. *A mis émulos y perseguidores dales lo mismo que para mí en lo espiritual y temporal, te pido y suplico.* Reconoceis ya señores, al héroe de la paciencia y de la mortificación. ¿Cómo amaría á Jesucristo quien toda su vida estuvo crucificado con él? Bien sabía esta grande alma lo que dejó escrito San Agustín, *que no es esta vida el tiempo de sacar los clavos, sino por el contrario, de crucificar al hombre viejo con todas sus concupiscencias, y que para no sumergirse en el lodo del vicio, es menester no bajar jamás de la Cruz de Cristo* (1). Así lo hacía Luis, porque no ignoraba que Dios

(1) Serm. 205 de Quadrag. edit.

quería purificarlo, probarlo y coronarlo; haciéndole beber el cáliz de Jesucristo su Hijo, y conducirlo al cielo por el camino de los dolores y de las penas. Y si como dice el Gran Pontífice San Leon; *cierta y seguramente espera la bienaventuranza el que participa de la pasión del Nazareno;* (1) Luis, que como habeis oído, participó tanto de ella; Luis á quien no se le pasaba hora del dia ni de la noche sin bañarse en sus lágrimas contemplando lo que en aquella hora padeció su Jesús, ¿cómo no habrá conseguido (como esperamos) aquel premio prometido á los que lloran en esta vida y á los que la pasan en el dolor y la amargura?

XXVIII.—Gustó Luis el cáliz de la pena, pero no probó menos el de la humillación y desprecio de sí mismo. Es la humildad segun el dicho de S. Bernardo, *una virtud, que provee al cristiano de ojos espirituales, y cuando le ha hecho conocer su nada, le dá un verdadero desprecio de sí mismo.* (2) Resonaban continuamente en el oído de Luis aquellas palabras del verdadero Maestro de la humildad Cristo, que decía: *aprended de mí que soy manso y humilde de corazón;* (3) y como procuraba ajustarse en cuanto podía á este divino original, se humillaba profundamente delante del Señor diciéndole con el profeta Rey: *Todo yo soy nada delante tí* (4). Otras veces con el mismo exclamaba: *Como un jumento estoy delante de tí, y me he de estar siempre contigo* (5). Frecuentemente con San Agustín decía: *Da quod jubes, jube quod vis, quia tu omnia facis, et ut ego cooperer tu facis.* El dia que lo reconcilié para que recibiese el sagrado Viático, me decía con un mar de lágrimas: *Hermano, que habiéndose la nada sujetado á Dios, para sacar de ella tantas y tan hermosas criaturas, ¿esta nada, esta vileza del P. Alfaro, no se le haya jamás sujetado; que no haya hecho siquiera una acción digna de su servicio! por eso lloro, déjeme Ud. llorar amargamente.* ¡Oh humildad profunda de Luis! El desprecio de sí mismo era tanto que no hallaba términos con que explicar lo que concebía de su vileza; se llamaba *escuerzo, ranacuajo, gusarapo, jumento.* Si se hablaba algo del Santuario luego interrumpía diciendo: *La honra solo á Dios, solo á Dios la gloria y alabanza, yo soy un vil jumento incapaz de hacer nada bueno.* Su gusto era besar los piés á cuantos pobres podía, servirles la mesa y los viernes en tandas de Ejercicios lo hacía siempre de rodillas con sogá y corona de espinas. Solo sus piés nunca se los pudieron besar en vida ni aun la mano, porque se resistía demasiado pero sin afectación. En las pláticas de Ejercicios y otras que se ofrecían en la Iglesia, si concurrían algunas personas de letras hablaba de propósito

(1) *Certa atque secura est expectatio promissæ beatitudinis, ubi est participatio Dominicæ passionis. Sem. 9. de Quadrag.*

(2) *Humilitas, est virtus, qua quis verissima sua cognitione sibi ipsi vilescit. Tract. de grad. hum.*

(3) *Discite á me, quia mitis sum et humilis corde. Math. 11. 29.*

(4) *Substantia mea tanquam nihilum ante te Psalm. 36. 6.*

(5) *Ut jumentum factus sum apud te et ego semper tecum. Psalm. 72. 23.*

mal el latin de los textos, alargando las silabas breves. ó cortando las largas, para que lo tuvieran por ignorante. En los utilísimos libritos, que dió á luz, puso de intento algunos versos mal hechos, ó por falta ó sobra de silabas, ó por defecto del metro y consonancia. En sus apuntes, dice: *no me sentaré delante de ningún señor sacerdote menos que no me lo mande.* ¡Cuántas otras humillaciones abatimientos y desprecios podria referiros, si su misma ingeniosa humildad no nos hubiese privado el conocerlas, como nos impidió saber otras dignas de la inmortalidad! Pero vosotras saldreis un dia de las tinieblas humillaciones escondidas, virtudes ignoradas; vosotras saldreis de las tinieblas, y para vengaros de la injusticia que se os habrá hecho, impidiendocs tan largo tiempo comparecer, sacareis un nuevo esplendor de esta larga noche en que habeis sido sepultadas, y con un notable aumento de luz, rodeareis el trono sobre que será colocado Luis en aquel gran dia dispuesto para descubrir las glorias de los hijos de Dios.

XXIX.—Quien consideraba á Cristo tan pobre que no tenia en la cruz, ni en que reclinarse la cabeza (1), ¡qué mucho que amara y practicara la pobreza evangélica! La amó Luis y la practicó. Nada tenia, porque de todo habia hecho una devota y tierna devoción á esa bellísima imágen de Jesus NAZARENO centro de sus santos amores; él era el dueño de todo. En los apuntes que hizo el año de 41, dice: que daría todos sus vestidos de limosna quedándose con el más maltratado. Así lo cumplió, y nunca se pudo conseguir que se pusiese una sotana ó turca nueva: las que usaba eran desechos de otros eclesiásticos, que le daban y las cosía él mismo con pita blanca, ó con lo primero que se le venia á las manos. Mucho antes de su muerte habia dado la poca ropa y la pobre cama y ya para morir pidió por amor de Dios que se la prestaran, como tambien la camisa, advirtiendo que si no se lo concedian, lo bajasen al suelo para morir desnudo. Su aposento, su menaje, el servicio de su mesa, y de su persona, todo respiraba la pobreza evangélica. ¿Qué os diré de su desinterés? No apreciaba el dinero sino para derramarlo en las manos de los pobres de Jesucristo, y para el culto de esa sagrada Imágen. Siendo así que la subsistencia del Santuario en lo temporal, dependia del fomento de esta labor, en muchos años jamás supo, si se sembraba, si se cogían frutos, ó si se cultivaban las tierras. No salía ni aun á ver el campo; su paseo era de su aposento á la Iglesia, y de esta á su aposento.

XXX.—Si con tanta perfección practicaba Luis las virtudes, ya se deja ver cómo cumpliria con las obligaciones propias de su estado, y de la alta dignidad de sacerdote del Dios vivo. En uno de sus apuntes dice: que así dentro de casa como fuera de ella andaria con sotana, cuello y turca, sin cosa que desdiga (prosigue) á la alta dignidad que sin merecerla gozo. Así lo cumplió exactamente. Sabia Luis muy bien el precepto que sobre esto impuso el Sagrado Concilio de Trento, (2) y no ignoraba lo que dijo Dios

(1) *Filius autem hominis non habet ubi caput reclinet. Math. 3 20.*

(2) *Sess. 14 de Ref. 4. 6.*

por Sofonías: *Yo visitaré en mi indignación á todos aquellos que se hubieren puesto vestidos extraños á su profesion.* (1)

XXXI.—El rezo del Oficio Divino era para nuestro sacerdote sus mas castas delicias. Casi siempre lo rezaba hincado y nunca consintió en dispensa del Oficio sino hallándose con fuerte calentura. Si me preguntáis señores, ¿con qué devoción rezaba? os responderé en breve que observando puntualmente aquella regla de San Agustin: *Si el Psalmo ora, orad, si gime, gemid; si espera, esperad; si teme temed.* (2)

XXXII.—Entre las principales funciones del sacerdocio, se aplicó Luis particularmente á oír las confesiones en el Sagrado Tribunal de la Penitencia. Dirigía las almas con aquella sabiduría que dispone de todas las cosas con tanta suavidad, como fuerza. A ejemplo del samaritano, derramaba vino y aceite sobre las llagas de los que encontraba heridos: las limpiaba, las cicatrizaba, por mas envejecidas é incurables que fuesen. Allí era donde con el auxilio de Aquel que tiene el corazón de todos en sus manos, sustituia corazones de carne donde los encontraba de piedra, y encendia una llama ardiente en donde era antes yelo; restituia la serenidad donde estaba todo en borrasca, no dejando de trabajar hasta que no hubiese arrancado desde las raices del vicio, y dirigido á sus penitentes por el camino seguro del Evangelio.

XXXIII.—Confúndanse, pues, las lenguas insolentes y atrevidas de aquellos que por no apreciar la virtud, dijeron algunas veces, que era nuestro sacerdote un confesor muy ancho, queriendo acaso dar á entender que solo seguia á los *Casuistas* relajados. Pero yo queria saber de estos ¿cuándo se apartó un punto de la estrecha moral del Evangelio? No, señores, estaba Luis muy instruido en la ciencia de los santos, y en las máximas de Jesucristo, para dejarse llevar de las falsas y lisonjeras seguridades de una moral corrompida. No era Luis de aquellos falsos profetas de quienes se quejaba Dios, diciendo: *que curaban con ignominia el dolor de la hija de su pueblo, anunciando la paz cuando no habia paz* (3). No era de aquellos empiricos ignorantes, que no tienen sino un mismo remedio para curar todas las enfermedades. Recibia á los pecadores con la mayor suavidad y dulzura, se compadecia de sus miserias, como deben hacerlo todos los fieles ministros, pero sin perdonar ni relajar cosa alguna á los derechos de su Señor: les aplicaba la sangre preciosa de JESUS, pero les establecia al mismo tiempo en una resolución firme de derramar ántes la suya, que volver á abusar de su infinita bondad. Sí, señores, así era como este *Sacerdote fiel* administraba el santo Sacramento de la Penitencia, lle-

(1) *Visitabo super omnes, qui induti sunt veste peregrina. Cap. 18.*

(2) *Si orat Psalmus, orate; si gemit, gomite; si gratulatur, gaude e; si sperat, sperate; si timet, timete. In Psalm. 3.*

(3) *Et curabant contritionem filiae populi mei cum ignominia, dicentes: Pax, pax: et non erat pax. Jerem. 6. 14.*

nando Dios con tantas bendiciones sus fatigas, que lo oí decir muchas veces, que nunca se habia levantado de sus piés ningun pecador desconsolado. Comprended ahora, si podeis, á cuantos consolaria este santo ministro, pues costa en sus apuntes, que á los cuarenta años de sacerdote, llevaba oidas catorce mil confesiones generales sin las particulares, y reconciliaciones, que no tenia número. ¿Qué decis? No era este un *Sacerdote fiel segun el corazón de Dios?*

XXXIV.—Pero como nada mantiene mas á los fieles en la práctica de las virtudes, que el uso frecuente de la palabra de Dios, que deben explicarles sus ministros, de aquí es que nuestro buen sacerdote cumplía exactamente con esta obligación de su ministerio eclesiástico. Todas las noches explicaba en la Iglesia una declaración del catecismo y los Domingos del año exponía el santo Evangelio. En tandas de ejercicios y de retiro, casi todo el dia predicaba. Mas ¡con qué arte, con qué dulzura, con qué fuerza! Decidlo vosotras, almas fieles, que lograsteis tantas veces oír á Luis. Decidlo, los que habiendo venido á oírlo solo por curiosidad, os quedásteis llenos de compasión y lágrimas no pudiendo resistir la fuerza de aquellos discursos animados del espíritu de Dios. Decidlo, los que habiendo pasado antes toda vuestra vida en disoluciones y vicios, al escuchar una sola vez á Luis, quedasteis tan conmovidos, que al salir de la Iglesia, os arrojásteis á sus piés pidiéndole el remedio á vuestras dolencias. Digámoslo por último, todos los que por nuestra dicha conseguimos retirarnos bajo su dirección á las tandas de ejercicios y á los dias de retiro; despues de oír aquellas sus fervorosas y dulcísimas pláticas ¿no saliamos diciéndo recíprocamente como los discípulos del Evangelio, *que ardía nuestro corazón cuando le escuchábamos?* (1)

XXXV.—Pero lo particular de las instrucciones de nuestro Sacerdote era que se dejaba entender tanto del mas idiota é ignorante, como del mas sábio y literato. Seguía siempre aquella máxima de San Agustin. *Quiero que el que me oye, entienda lo que yo entiendo.* (2) Se acomodaba á la capacidad de su auditorio, de modo que ni era tan bajo su estilo que desdijera de la dignidad de la palabra de Dios, ni tan sublime y estudiado, que queriendo parecer sábio, se hiciese inútil á sus oyentes.

XXXVI.—Entremos ya á la primera y mas divina acción de los sacerdotes, que es consagrar el cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo. ¿Quién podrá explicar la devoción sensible, la ternura, el afecto con que Luis celebraba la Misa? No vivía sino para unirse con su Jesus; su alma habria desfallecido, si solo un dia se hubiese privado de este Divino Pan. El uso frecuente de celebrar, no hacia en él otra cosa que encender mas su devoción y su respeto; toda su ánsia era poseer al NAZARENO: el go-

(1) *Non ne cor nostrum ardens erat in nobis dum loqueretur? Luc. 24. 32.*

(2) *Totum quod intelligo, volo ut qui me audit, intelligat. Lib. de Cathec. rud. ad Deograt.*

zo al recibirlo avivaba mas los deseos, éstos encendian el gozo, y en la posesión del que amaba su alma, se cumplía en él lo que Jesucristo ha dicho de todos los que lo reciben dignamente: *Aquel que me recibe está en mí, y yo estoy en él* (1). Una alegría interior, una fé viva y religiosa llenaba su espíritu de la grandeza del Dios que ofrecía y el corazón de su santo amor. ¡Cuántas veces teniendo yo la fortuna de ayudarle la Misa, lo vi bañarse en lágrimas, desde que ponía el pié en el altar: hasta que se apartaba de él, quedarse despues de la consagración absorto y como fuera de sí: encendérsele demasiadamente el rostro llenársele de sangre las venas y rebozar el júbilo interior que sentia su alma despues de la sagrada comunión, hasta en lo exterior del semblante, en que se dejaba ver una santa alegría, acompañada de la mas religiosa modestia.

XXXVII.—¿Quién podrá decirnos cuál era su devoción á Jesús Sacramentado, su respeto en el templo, aquella viva fé de que estaba penetrado su espíritu al descubrir el Tabernáculo, donde está oculto por nuestro amor. Aquel mismo Señor que padeció por nuestro remedio? “Hablo (valiéndome de las expresiones de un gran Obispo) “hablo de aquella fé que mira á los Angeles del cielo cubrirse con sus alas, y temblar las columnas del firmamento en presencia del Rey de la majestad. Hablo de aquella fé respetuosa, que se llena de un santo horror solo al entrar en el templo y que se acerca al altar, como Moisés á la sagrada zarza, como los Israelitas al monte que despide truenos y rayos: de aquella fé que experimenta todo el peso de la presencia de un Dios, que luego que descubre el Sagrario, siente un brillo de majestad que lo deslumbra y lo hace temer á JESUS soberano.” Tal era el respeto, la devoción, la fé de Luis. “¿Pero se halla este respeto, esta devoción, esta fé sobre la tierra? ¿Gran Dios! cuando aparecereis en el aire sobre una brillante nube, rodeado de relámpagos y rayos, caminando ante vuestro trono el terror y la muerte, los hombres temblarán de miedo, los impios se esconderán en las más profundas cuevas, y pedirán á los montes que caigan y se despedazen sobre sus cabezas. ¡Ah! Y ¿qué no estais en las Iglesias, no estais en esos sagrarios, como en una nube de gloria? ¿No se abren sobre vos los cielos? ¿Los espíritus celestiales no rodean ese Tabernáculo? No juzgais á los hombres sobre este tribunal misterioso? ¿No conoceis la poca fé, la irreverencia, el ningun temor de esa multitud de adoradores que llenan vuestros templos? ¿No teneis rayos en una de vuestras sagradas manos, y coronas en la otra para castigar y premiar?” Sí, Señor, sí, teneis rayos para los que profanan vuestra casa, pero para Luis no tuvisteis sino coronas. Como premiarias su respeto y su devoción, aquel ardiente celo, que animado de tu espíritu no podria consentir la menor irreverencia en tu templo, reprendiendo severamente (no obstante su natural dulzura) á aquellos profanos que quieren convertir

(1) *Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, in me manet, et ego in illo. Joann 6 56.*

los sagrados asilos de nuestra santificación en ocasiones de desreglamento y de libertad: á aquellas mujeres que llenas del espíritu del mundo quieren introducir hasta en tu Santuario la profanidad de sus trajes y de sus modas? Y cómo que premiarias Señor tanto respeto, tanta fé, tanta devoción? Y cómo que premiarias aquel afán que tenía Luis, para que los sagrarios en que habitas, estuviesen no solo decentes, sino tan ricos, que en muchas ciudades y villas, no se encontrará uno siquiera forrado todo por el interior y exterior de láminas de fina plata, cubierto de velos del cambray mas fino, y cortinas de las mas ricas telas, como están á esmero de tu siervo todos los de este Santuario, que para tu culto dedicó? Ved ahora, señores, si tuve razón para deciros desde el principio que, oirias el elogio de un *Sacerdote fiel según el corazón de Dios*. Juzgado vosotros, mientras yo, animado de vuestro silencio, y de la atención con que me escuchais, sigo elogiando á este siervo fiel, y causando á muchos mayor dolor por su pérdida, y á otros, por no haber conocido, no haber tratado, ó no haber hecho aquel aprecio que merecía este ejemplarísimo varón.

XXXVIII—No es necesario deciros la devoción que tenía Luis á la Reina de las Virgenes MARIA purísima. Quien amaba tanto al Hijo, ¿cómo no amaba á la Madre? La amaba tiernísimamente, la llamaba siempre su ama y su Señora. Gastó gran parte de su patrimonio en fabricarle en San Miguel la hermosa capilla en que colocó la Soberana Imágen de MARIA, con el título de *LA SALUD*, á quien llamaba sus primeros amores y cuyo rostro no podia mirar sin caerse desmayado y sin sentido, perseverando así muchas horas; por lo que ya despues le impidieron sus confesores el que la viese. Fué su primer capellan, como lo fué tambien de la Santa Casa Lauretana. Fué á pié hasta su templo de Guadalupe á encomendarle todos sus ejercicios. No perdía ocasión de hablar siempre con lágrimas, de las excelencias y prerogativas de esta Reina Inmaculada, y de infundir su verdadera devoción á cuantos trataba y á cuantos dirigía. Nunca dejó de rezar los quince misterios del rosario. No habia plática, no habia exhortación en que no se difundiese en elogios de MARIA, y si hablaba de sus *Dolores*, era con tal compasión, con tal ternura, que sacaba el llanto de los corazones mas duros. Solemnizaba todas sus festividades con el mayor aparato y devoción: repartía crecidas limosnas en su honor, y no traía en su boca mas que *Viva Jesús, Ave Maria Purísima*. Nada os digo de la devoción que tenía á los Santos, porque falta el tiempo, aun solo para nombrar los bienaventurados, que eran el dulce objeto de sus ternuras: Entremos ya á aquel anchuroso mar de la caridad que tenía Luis con sus prójimos.

XXXIX—Quien ama á Dios, necesariamente ama á su prójimo. *Por el uno se enjendra el otro amor, y por el del prójimo se nutre y alimenta el amor de Dios*, como dice excelentemente el gran Gregorio (1) estos no son dos

—(1) *Per amorem Dei proximi gignetur; et per amorem proximi amor Dei nutritur. Lib. 2 Moral. cap. 11.*

preceptos, sino uno solo, y la santa caridad abraza con su derecha á Dios, y con la izquierda al prójimo. *Son dos anillos; (prosigue el mismo Padre) pero es una sola cadena: dos acciones pero una virtud: dos méritos ante Dios; pero es imposible que se halle el uno sin el otro, (1) con que habiendo visto como amaba Luis á Dios, se ya deja entender como amaba á su prójimo. Veámoslo en breve.*

XL.—¿Qué es lo pide este precepto para su exacta observancia? ¿Reprimir en nosotros todo lo que pueda dañar á nuestros hermanos? Luis lo reprimió. ¿Evitar todo juicio temerario, todo movimiento de venganza, toda memoria de las injurias que se nos han hecho? Luis todo lo evitó. ¿Es necesario para amar al prójimo, no solo de palabras, sino con las obras, es necesario digo, asistir á los que se hallan oprimidos de la miseria en las cárceles, visitar á los enfermos en los hospitales, en sus casas? Luis, los asistió los visitó. ¿Pacificar las discordias, evitar pleitos? Luis fué un Angel de paz que serenó las discusiones, unió las voluntades, é impidió pleitos de grandes intereses. ¿Es necesario enseñar el camino de la virtud á los que lo ignoran? ¿A cuántos miles de almas se los enseñó Luis? ¿Derramar el dinero en manos de los pobres? Luis lo derramó. En una palabra fué Luis un iris de paz, una nube bienechora, que esparce la abundancia sobre las tierras mas estériles: fué un suave perfume, que durante el verano, exhaló hasta muy lejos su olor, y se evaporó y extinguió á fuerza de comunicarse: fué, por último un rio caudaloso que saliendo de madre y rompiendo los diques inundó las tierras mas incultas y secas. Ninguna necesidad hallaba cerrada su misericordia, y las que no podia remediar con lo temporal, las encomendaba á Dios en sus oraciones fervorosas. Por todas pedía á Dios el remedio. Aunque la dignidad del sacerdocio es real, no por eso deja el sacerdote de ser vasallo del Soberano, en cuyas manos puso Dios el cetro para el gobierno de los pueblos: por eso Luis en todas sus oraciones, y principalmente en tandas de ejercicios, destinaba un dia, solo para pedir á Dios por la importante vida de nuestro católico monarca el Sr. D. Carlos III, por la de toda su real familia, y por la felicidad de sus armas y gobierno.

XLI.—Pero si quieres saber en breve como ejercitó Luis su caridad en las necesidades espirituales de sus prójimos, preguntadlo á la *Santa escuela de San Miguel*, á las de *Guanajuato, Leon*, y otras, de todas las cuales fué el fundador y el padre. Ellas os dirán las obras de misericordia que ejerció, porque á mí me es imposible, no digo numerarlas, pero ni aún apuntarlas. Preguntadlo á *siete mil quinientos cuarenta y un hombre* que tuvieron ejercicios de ocho dias, y retiro cada mes, desde el año de 1765, hasta la muerte de este misericordiosísimo padre. Preguntadlo á otro sin número de hombres y mujeres, que en particular han tenido los ejerci-

(1) *Duo anuli, sed una catena; duae actiones, una virtus; sed duae apud Deum merita, sed unum sine alio in enire impossibile est. Ibid.*